

GEDEÓN ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA

GEDEÓN

DIPUTADO Á CORTES POR MADRID

SEMANARIO SATÍRICO
SE PUBLICA LOS JUEVES
DIEZ CÉNTIMOS el número
ADMINISTRACIÓN
Costanilla de los Angeles, 1

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
Madrid, trimestre	1,50 pesetas.
Año	6 »
Provincias y Portugal, trimestre	2 »
Año	8 »
Número atrasado	0,25 »
25 ejemplares	1,50 »

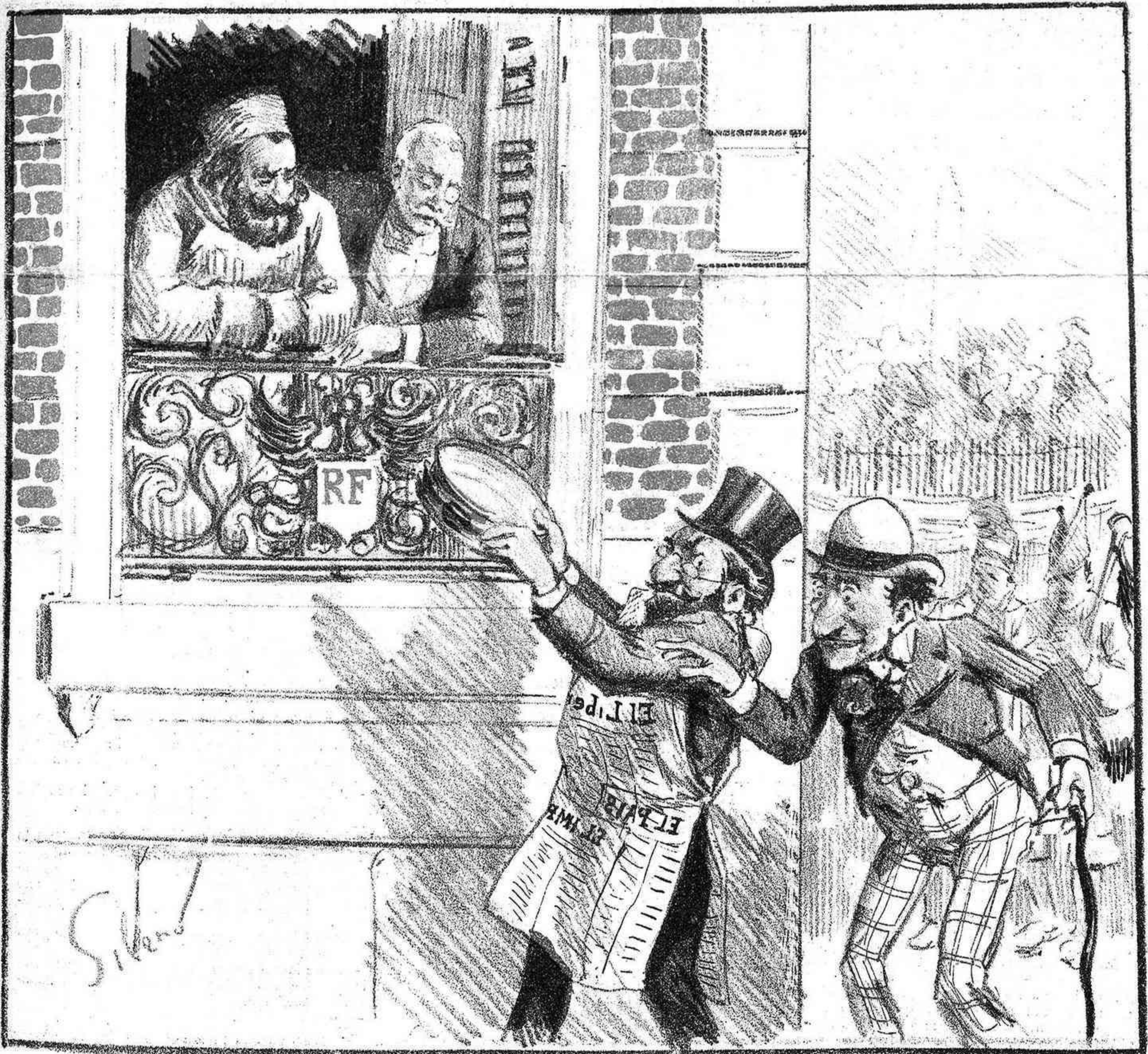


AÑO II.

Madrid 9 de Julio de 1896.

NÚM. 35

OTRA ESTUDIANTINA Á PARÍS



Gedeón.—Somos pobres, pero no mendigos.

Los Gatos del Valle

LOS JUEVES DE GEDEÓN

—Pero dime, Gedeón, ¿y de qué es ese chichón?
 —Qué daño te he hecho yo, amigo Calinez, para que me hables en verso?
 —Perdona la aleluya, me salió espontáneamente. No sé qué me sucede estos días desde que lei el voto particular de Silvela, que todo me sale en verso. Hablé con Piave, y le dije:
 Silvela va á presentar un voto particular.
 Me dirijo á Michigáñez, y le suelto:
 El voto de D. Francisco ocasiona más de un cisco.
 Veo que viene Pifartos, y exclamo:
 Pifartos, vete á la escuela á ver al maestro Silvela.
 —Al maestro Ciruela querrás decir, Calinez.
 —No, al maestro Silvela; tanto monta. Pero ¿y tu chichón, de qué procede?
 —De lo que proceden siempre los chichones; de un golpe.
 —De eso también proceden los ministros.
 —¿Qué, se hacen los ministros de un golpe?
 —No te acuerdas de Amós Salvador?
 —Vaya si me acuerdo, pero esa no es regla general. Hay ministro que da, no uno, sino siete golpes, como la codorniz de las Verdecillas.
 —¿Cá! no te creo, ni aunque me lo jures por Linares Rivas.
 —Te lo juraré yo por Villaverde, y preguntásele á los estudiantes.
 —Creo que ya hemos llegado á tu chichón. Refiéreme su causa.
 —Pues verás, eximio Calinez.
 —Mira que va á incomodarse la Sra. Pardo Bazán; me has llamado eximio.
 —Te sobra razón, dispensa. Yo tengo en casa dos criadas cubanas; una se llama niña Pancha y otra niña Tula.
 —A la primera la conozco con música de Julianito Romea.
 —¿La segunda no tiene música?
 —No, que yo sepa.
 —Entonces no le sirve á Narciso Campillo. Continúa.
 —Ambas domésticas, como cubanas al fin, son muy aficionadas al dulce.
 —No será al general Dulce.
 —No, á un dulce particular; á la carne de membrillo. Pues bien; puestas de acuerdo, me suplicaron que se lo diese de postre, y porque yo me negué armaron en casa una escandalera de cincuenta y cinco mil Maceos. Entonces, y pensando que se trataba al fin y al cabo de una cuestión ultramarina, fui á ver al Sr. Cánovas, mi jefe. «Don Altonio—le dije—mis criadas, cubanas ambas, me piden de postre carne de membrillo; ¿qué debo hacer?» «No dársela—respondió—sin una paliza previa. Primero los palos, después la carne.»
 —Te verías muy apurado para seguir el consejo de tu jefe.
 —¿Por qué?
 —Porque yo siempre he visto que para pegar, primero la carne y después los palos. Ahora, si Cánovas lo ha dispuesto de otro modo, no tengo nada que argüir.
 —El consejo de D. Antonio me pareció un poco autoritario, y me dirigí á casa de Sagasta con propósito de consultarle. «Don Práxedes—le dije—mis dos criadas cubanas me piden de postre carne de membrillo; ¿qué debo hacer?» «Dársela inmediatamente—me respondió;—á mi también me la dan las Compañías de ferrocarriles cuando estoy en la oposición, y me sabe tan ricamente.» Lo cual, Calinez, que se estaba en aquel instante relamiendo los bigotes.
 —Entonces no se la dan las Compañías de ferrocarriles.
 —Eso creo yo, porque á D. Práxedes no se la da ya nadie, pero fué un decir. Figúrate mis confusiones: por un lado Cánovas, prohibiéndome lo del dulce, y por el otro Sagasta, aconsejándome que lo comprara enseguida. Salí de casa de D. Práxedes sumamente contrariado y preguntándole: ¿y ahora, dónde voy yo?
 —A casa del general Martínez Campos. Cuando uno tiene una duda, ya se sabe, el general no ha nacido para otra cosa. Siempre que en el tresillo de la marquesa de Squilache se duda de quién lleva la mala, se lo preguntan á él.
 —Eso pensé yo, y ya me tienes camino de la casa del general. D. Arsenio, le dije: «Usted, que es hombre franco, á mí me sucede esto; ¿qué debo hacer?» «Cóprense usted—me respondió—un frasco de carne de membrillo.» «¿Y se lo doy á las cubanas?» «No, lo pone usted en el aparador para que lo vean, pero sin que lo caten. ¿Qué le parece á usted mi consejo?» «Magnífico y digno de la sabiduría de V. E. ¿Conque en la Gaceta? digo, ¿en el aparador para que lo vean?» «Eso es, amigo Gedeón; ración de vista nada más.» «¿General, V. E. es mi padre!» «Tanto como padre, no, Gedeón; pero si próximo pariente.» Nos abrazamos, eché á correr, compré en la primera confitería el frasco de carne de membrillo. Llegué á mi casa, lo puse en el aparador, llamé á las cuba-

nas, lo miraron, lo cogieron, y ¡paf! aquí lo tienes.
 —¿Dónde?
 —En el chichón.
 —¿Sabes que era crecidito el frasco?
 —Casi la autonomía del membrillo!
 —¿Y qué hiciste después, ¡oh desgraciado amigo!
 —¿Qué había de hacer tras de tantas desgracias? Irme al Senado.
 —Y oíste á los tres generales, Calleja, Martínez Campos y Pando?
 —A los tres les oí.
 —¿Y no te salieron más chichones?
 —¿Te parece pequeño éste? A Calleja le oí decir, que si él hubiera hecho lo que no hizo, no hubiese prosperado la insurrección de Cuba. A Martínez Campos, que si él no se hubiera equivocado como se equivocó, hubiera extinguido la insurrección de Cuba. Y á Pando, que si él hubiera ido, como no fué, á Pinar del Rio, estaría para finalizar la insurrección de Cuba.
 —¡Cielos, Gedeón! ¿Qué volverá diciendo Weyler de lo que no haya hecho?
 —Maravillas, amigo Calinez. Pero después de todo, nuestros generales, según Genaro Alas, no pueden hacer nada en aquella guerra.
 —¿Y cómo eso?
 —Muy sencillo. ¿Qué debe de tener primeramente un general en jefe? ¿Plan de campaña, no es eso? Pues bien, Alas ha dicho que en la guerra de Cuba es imposible tener un plan.
 —¿Sabes lo que digo, Gedeón, que á mí me parece que no hay tal guerra de Cuba?
 —¿Cebolla, Calinez!
 —¿Y tan cebolla, Gedeón! Cánovas te dice que no des carne de membrillo á las cubanas; Sagasta, que se la des; Martínez Campos, que se la enseñes; Calleja, que el sabe quien es Calleja; D. Arsenio, que se equivocó; Pando, que no le dejaron; Weyler, que sigue lloviendo y que Arolas está en la trocha; Reparaz, que la trocha no sirve para nada; la trocha, que para menos sirve Reparaz. Unos, que hay que tener un plan político; otros, que hay que tener un plan económico; otros, un plan militar; otros, un plan político-económico-militar, y Alas, que no se puede tener ningún plan. ¡Esto es un imbroglio, Gedeón! La tal guerra no existe sino como un ente de sin razón, y si me expuras mucho, hasta niego la existencia de la isla de Cuba.
 —No digas tal, Calinez; la isla existe positivamente; me lo ha asegurado el ministro de Ultramar que tiene parientes en ella. Lo que ocurre es que con lo que han dejado de hacer nuestros generales se ha armado un poco de confusión, pero todo se irá arreglando. En cuanto tengamos Gobierno, en cuanto tengamos plan y en cuanto llegue la seca, todo va á ser coser y cantar. Ahora lo que corre prisa es ayudar á las Compañías de ferrocarriles, porque las pobres están muy mal.
 —¿Pierden mucho con su negocio?
 —Mucho.
 —¿Y qué piden?
 —Prórroga.
 —¿Prórroga de qué?
 —Del negocio.
 —¿Para seguir perdiendo? ¡Oh, almas grandes! ¡Y luego dirán algunos pesimistas que se ha concluido la virtud! Ahí tienes tú un caso digno de admiración. Pones una ebanistería como Ramón Guerrero, y pierdes, ¿qué se te ocurre?
 —¿Me preguntas á mí, ó á Ramón Guerrero?
 —A ti.
 —Traspasar la ebanistería.
 —No señor, eso sería si ganaras, pero perdiendo te acercas al amo de la casa y le dices: «Yo pierdo un dineral con la ebanistería que tengo establecida en su finca, ¿vamos á hacer un contrato por veinte añitos más para seguir arruinándome á gusto?»
 —Eso no puede ser.
 —Pues así lo dice Linares Rivas.
 —¿Dónde?
 —En el preámbulo del proyecto ó contrato de auxilios á las Compañías ferroviarias.
 —Dime, Calinez, ¿tú crees que existen las Compañías de ferrocarriles?
 —Yo no.
 —¿Y los ferrocarriles?
 —Tampoco.
 —¿Y la guerra de Cuba?
 —Nada.
 —¿Y la isla?
 —Menos.
 —¿Y yo?
 —Ni esto.
 —¿Y tú?
 —Ni tanto así.
 —¿Y el sentido común?
 —¡No blasfemes!
 —¿Pues quién nos gobierna?
 —El caos.
 —¿Y quién es su teniente?
 —Morlesín.
 —¿A dónde vamos á parar?
 —Donde fué el padre Padilla.
 —¿Cuándo?
 —Ya estamos llegando. ¿No oyes el gaitero de Ventosela? Animo y adelante,

COUPLETS NUEVOS DE GEDEÓN

(MÚSICA DE Cuadros Disolventes)

Según cuentan los diarios,
 ahora piensa Reverter
 estancar la sal de modo
 que no se pueda vender.
 Y hay cien autores festivos
 que, con eso de la sal,
 piensan muy preocupados
 cómo se van á arreglar.
 ¿Qué va á ser de Vital Aza?
 Y de Arniches, ¿qué va á ser?
 Y D. Federico Urrecha,
 ¿cómo se va á componer?
 Si no inventan ya más chistes,
 ¿Qué dichoso voy á ser!
 E tá bien pensado,
 señor Reverter,
 ese monopolio
 que vale portres.
 Yo voy á pedirles
 colaboración,
 y así GEDEÓN
 con toda razón,
 será en España el periódico
 de menor circulación.

Habló el general Martínez
 y lo hizo bastante mal,
 defraudando, según muchos,
 la espectación general.
 Luego el general Calleja
 lo hizo aún mucho peor,
 y al final estuvo Pando
 muy ameno y decididor.
 Volver debe pronto Weyler
 y lanzarse á perorar,
 y dejarse de campañas
 y dejarse de luchar,
 y que á concluir la guerra
 vaya Labra ú Castelar.
 Con tanta oratoria,
 con tanto charlar,
 siendo un Robespierre,
 cada general,
 si el gran Sánchez Bregua
 ser quiere orador,
 ya puede tomar
 la resolución
 de marcharse á la mani-gua
 y vuelve hecho un Cicerón.

Como era cosa importante
 al Mensaje contestar,
 ha formulado Silvela
 un voto particular.
 Y aunque nadie lo ha leído
 por lo lato del papel,
 los diarios fusionistas
 todos se hacen lenguas de él.
 Hay quien dice:—¿Vaya un punto!
 Hay quien piensa:—¿Qué intención!
 Hay quien cree que San Pedro
 del discurso es el autor,
 y la gente va pensando
 que lo ha escrito Gedeón.
 ¿Vaya unas narices
 que gasta Iradier!
 ¿Vaya unas salidas
 que tiene Rancés!
 ¡Pardiez, qué importante
 es la agrupación,
 y así con razón
 piensa la nación
 que Silvela es el político
 de menor circulación.

PIAVE Y CALINEZ

—Vengo á verte, Calinez, vengo á desahogar en tu seno amistoso el mio agrio y apesadumbrado con las cosas que ocurren.
 —Saca el pecho fuera cuanto gustes; mas permíteme que me extraña.
 —¿Extrañarte? ¿por ventura no eres mi amigo?
 —Sí que lo soy, pero me choca y me regocija al mismo tiempo, que acudas en tus cuitas á mí y no á nuestro común amigo Gedeón, con quien charlas de largo todos los jueves.
 —Perdóname, Calinez, si te digo que al acudir á tí es porque Gedeón no quiere escucharme.
 —Eso es imposible.
 —No lo es, y fácilmente comprenderás que no lo sea cuando te diga que Gedeón, á fuer de periodista, es buen compañero, y por consiguiente no me ha dejado hablar mal de la prensa española, ni mucho menos de los periódicos más empingorotados y conspicuos.
 —Y ¿qué hueso te han roto los periódicos de gran circulación?
 —A mí ninguno, pero puede que se lo hayan roto á la patria, con el mejor deseo y con la más sana intención del mundo.
 —No comprendo...
 —Ya comprenderás, y entretanto, déjame que te haga un poco de historia.
 —Házmela como gustes.
 —¿Tú recuerdas, ¡oh amable Calinez! aquella campaña periodística, ¡uenas campañas nos dé Dios! aquella campaña, digo, tan famosa como triste para la prensa española, que se llamó Crimen de la calle de Fuencarral?

—Sí que la recuerdo, por mi desgracia.
—Tú recuerdas también aquella otra, también triste, también malhadada, también ridícula, campaña al fin y al cabo, que se llamó *del submarino Peral*?

—¿Cómo no he de acordarme de todo eso?
—Pues entonces recordarás no menos aquel otro alboroto que se armó en los papeles cuando se excitaron las iras del pueblo contra una aristocrática dama madrileña, la condesa de Cas...

—No sigas, Piave, recuerdo todas esas planchas—llamémoslas así generosamente—y recuerdo algunas otras no menos sonadas y algo más próximas á nosotros; pero ¿á qué viene ese empeño de volcar sobre la prensa española todos los botes de tinta de la casa de Lorilleux?

—No es odio á los periódicos, mi buen Calínez, es amor antes bien, por el propio cariño que les tengo; porque sé lo que representan, cuánto valen y lo que trascienden, dueleme verlos tan faltos de sinceridad, de prudencia, de cautela y de oportunidad, como en la dolorosa y reciente cuestión de la alianza de España con Francia y Rusia.

—Y, sin embargo, ¡oh Piave! los periódicos tienen razón; España está sola y así está muy mal.

—Claro que está mal, pero ¿tú crees que la diplomacia es alguna institución filantrópica que socorre al devaldado y ampara al débil? No hay cosa más interesada ni usuraria que los tratos y contratos entre las naciones. Cuanto más triste sea la situación del deudor, cuanto más apremiante sea su estado, mayores villanías cometerán los Syloks, más duras garantías le exigirán y más cruelmente le echarán en cara su pobreza, como si fuera delito nefando y pecado mortal.

—Tienes razón, pero los periódicos españoles...

—Los periódicos españoles, con la más indisculpable inocencia, han presentado á la nación ante los usureros; los cuales se han expresado del modo seco, villano y repulsivo que habrás echado de ver si has leído estos días la prensa francesa y sus referencias á la rusa.

—Triste es que nos digan todo eso.
—Y más triste, porque no había necesidad alguna de que lo dijese.

—Sin embargo, la soledad de España...
—Pero ¿es cosa nueva la soledad de España? Sola ha vivido, sola vive y sola vivirá por fiera condición del temperamento y de la sangre; solos conquistamos el mundo y solos le perdimos; á nadie debemos cuenta de nuestra pobreza, como á nadie agradecemos nuestro poder.

—Son estos otros tiempos.
—Más egoístas sí; por eso no debemos esperar nada de nadie.

—Tú no sabes lo que puede la diplomacia.
—Tú no sabes lo que puede el sublime, el colosal, el no comprendido *¡No importa!* de nuestros abuelos.
—Ya sabes que en aquellos tiempos también había afrancesados.

—¡Ya lo creo! Afrancesados que tenían de respetables todo lo que éstos tienen de incautos ó inocentes plagiarios, porque ser afrancesados de Napoleón el Grande, ser afrancesados de la Enciclopedia, ser afrancesados de aquel imperio colosal, se comprende, Calínez, se conyrende; lo incomprendible es ser afrancesados de la Francia de Sedán, de la Francia de Mabilly, de la Francia del *chantage*, de la Francia poco menos que unida al trineo de Rusia.

—Veo que te excitas, ¡oh Piave! hasta el punto de ponerte enfrente de la opinión.
—Pero ¡cómo! ¿tú crees de buena fé que los diarios representan á la opinión?

—Hombre, así dicen.
—Pues díles que allá á deshora de la noche, cuando el diario se confecciona, la única opinión que puede reflejar es la opinión inútil, la opinión vaga, la opinión neurasténica, la opinión noctámbula de las mesas de Fornos, del juzgado de guardia y de las buñolerías al aire libre, porque la verdadera opinión, la opinión sana, la opinión de los que no la dan, porque como es buena no quieren darla, esa se acuesta tempranito y madruga mucho, porque hay que segar.

DE OJEO

Terrible cosa son estos calores estivales; á consecuencia de ellos dilátanse todos los objetos susceptibles de dilatación, hasta los gacetilleros de teatros.

Entre estos gacetilleros *dilatados*, puede contarse á cierto Sr. Ch. que daba cuenta de una función á beneficio de la Prensa en términos *imposibles* é inaceptables, aun en estos días en que son felices los gusanos de seda.

Véase la clase:
«El teatro no estaba completamente lleno, porque siendo como es, fresco y cómodo el Príncipe Alfonso, no convidan estas noches á pasarlas enteras en un local cerrado al fin.»

¿Tienen ustedes la *comodidad*, que diría Cavia, y la *frescura*, que dice Gedeón, de explicarme lo que se ha propuesto decir el Sr. Ch?

Si el local es fresco y cómodo, debe convidar á pasar en él estas *noches enteras*, (cuándo serán las

noches *partidas*?) y mucho más cerrándose el local *al fin*. Si lo cerrasen al principio, claro, ya no estaría tan fresco.

Pero sigamos disfrutando:
«El público, que era escogidísimo, hubiera sido más numeroso si no se hubiera roto la costumbre de dar el espectáculo por secciones. Con función entera y todo, la sala estaba animada.»

Si el público era *escogidísimo*, por fuerza tenía que ser poco numeroso. ¿O cree el Sr. Ch. que lo *escogidísimo* abunda mucho por ahí, *con función entera* y todo? Con función *quebrada*, ya hubiera sido otra cosa.

Luego añade: «el estreno, que era lo que constituía la mayor novedad del programa.»

Naturalmente. Mayor novedad que un estreno, ¡es imposible! El Sr. Ch. es una especie de Pero Grullo... con muy poca gramática.

«Los veteranos no es uno de esos libretos que indignan.»

¿Qué ha de ser? Ni siquiera es libreto *Los veteranos*. Es ó era (porque *murió al nacer*), una zarzuela, pero no un libreto sólo, y en cuanto á indignar, lo que *indigna* á cualquiera es leer que «en el asunto abundan las frases de mal gusto que suelen ahora prodigarse más de lo que al buen gusto conviene.»

Desde luego como abundan los malos literatos que ahora se prodigan más de lo que conviene á la literatura buena.

Si todos los espectadores pensaban de la obra lo que Gedeón del *revistero*, nada extraño es que aquella no llegara «al seguro puerto á que llegaron otras de los mismos autores, si es que los nombres que se citaban eran los de *Los veteranos*.»

¿Qué habían de ser los nombres de *Los veteranos*? Esos ya figuraban en el cartel y no había para qué citarlos.

Se nos figura que el Sr. Ch., si continúa diciendo lo contrario de lo que se propone, tampoco va á *llegar á seguro puerto*, por muy *veterano* que sea.

El ministerio de Fomento se ha dedicado á tender su manto protector sobre los autores dramáticos, y para poner á salvo los derechos de éstos ha dictado una real orden que parece redactada por algún dramaturgo de esos que tratan de romper moldes y de romper todo lo que encuentren á mano.

«Siempre que se ejecute una obra teatral—dice la Real orden citada—sea con el nombre de ensayo, ó con otra *apariciencia cualquiera* (vamos, aunque sea con *apariciencia de silva segura*), concurriendo al acto como espectadores y sin la anuencia del autor ó de quien le represente, un número crecido de personas, debe considerarse el acto como representación pública.»

Bueno: eso es cuando los espectadores concurren *sin anuencia del autor*. De modo que cuando éste vea el teatro lleno, con mucha satisfacción suya, la representación no será pública y no producirá derechos de ninguna clase.

Ya lo saben los autores: cuando haya buenas entradas deben decir que ha sido *sin su anuencia*, vamos, á regañadientes. Si no, no cobran.

¿O será que la Real orden quiere decir lo contrario de lo que dice?

¡Dios mío! ¿Si habrá también *Ches* en el ministerio de Fomento?

Nosotros creíamos que solamente los había en el ministerio de Hacienda.

Sabrán ustedes como el Sr. Alonso de Beraza se encuentra en Constantinopla, desde donde remite unas cartas que encienden vivo al lector, hablando del cuerno de Oro y de Pera.

No sabemos si en ello habrá algunas alusiones personales.

Pero hemos aventurado mucho suponiendo eso del lector.

Pues yo ahora, cuando veo la firma del *gran latoso*, digo asustado y medroso:
—Eres turco y no te leo.
¿Qué pensará Abdul Hamid de la gente de Madrid, si á juzgar va por la traza del señor de la Beraza?

SCHOTIS FERROCARRILERO

(MÚSICA DE Cuadros disolventes)

SAGASTA. —Con un partido de percal *planchau*, y unas acciones de ferrocarril, llevo el prestigio todo *apolillau* por agradar tan sólo al gran Roschild.

MONTERO RIOS. —Con la protesta *colocada así* y dando el brazo á *Romeró-Girón*, nueva fracción formamos por aquí, *sin miedo al ninguno* de la excomunión.

LOS DOS. —¡Oh que armonía la de la fusión! ¡qué gran partido es este liberal! Todos gozamos libertad de acción... y así lo hacen todos mal. No nos importa un pito la nación, ni que la gente se llegue á enfadar, porque si al cabo la opinión azuza, hablará Abarzuza, ú bien Castelar.

SAGASTA. —A Avila voy, dejándoos el *recau*, pues marchó huyendo de la votación, porque el enjuague salga bien *hilau*, á todos doy mi franca absolución.
GEDEÓN. —Pues que se marcha usted quedando así, cual quedan siempre usted y D. Amós, vayan con Dios, no vuelvan por aquí, que ya sabemos quiénes son los dos.

Y armas al hombre

El Sr. Cánovas ha declarado que el auxilio á las Compañías de ferrocarriles tiene por fundamento el deseo de agradar y atraer á los capitalistas extranjeros.

Si, vamos, lo mismo que la indemnización de Mora tuvo por objeto agradar y atraer á los *yankees*.

Y lo mismo que los alborotos de la Coruña y Barcelona se destinaban á agradar y atraer á los franceses.

Y no de otro modo que la proposición del Sr. Vincentí se encamina á agradar y atraer á los carboneros ingleses.

Por lo visto, nuestros hombres políticos se proponen que seamos grandes agradadores de todos los Segismundos.

Eso concuerda y se aviene muy bien con nuestro orgullo tradicional, etc., etc.

¿No habrá por ahí ningún Segismundo que agarre á nuestros estadistas por los fondillos y arrojándoles á cualquier parte, diga, como el otro:

¡Vive Dios que pudo ser!

El delegado del distrito de Buenavista ha dispuesto que sus agentes visiten todas las casas del distrito «con objeto de excitar el mayor celo en los porteros para evitar en lo posible los robos.»

Y ¿no hubiera sido mejor excitar el celo de los mismos agentes?

Porque así puede darse el caso de que se verifique un robo en la calle de Claudio Coello, verbi gratia, y si á alguno se le ocurre preguntar dónde están los agentes, salga diciendo el delegado:

—Dejelos usted, que ahora están muy ocupados excitando el celo de los porteros de la calle del Barquillo.

Lo cual es un consuelo como otro cualquiera.

Al diputado Sr. Hoces, le han tocado ocho mil duros de la última lotería.

Es noticia que han dado todos los diarios de Madrid.

Felicitemos al Sr. Hoces, porque nada más oportuno en este tiempo para él que hallarse con una gran cantidad de trigo en que ejercitar su apellido.

Pero la verdad es que si empezamos á anunciar la caída de premios desde ocho mil duros en adelante, pronto veremos despoblada la calle de Sevilla.

El Sr. Muro y Carratalá dijo ayer en el Congreso que echaba mucho de menos al ministro de Gracia y Justicia.

Y ¿por qué echará de menos Muro á Tejada? Para resguardarse, si llueve de nuevo.

Porque la última vez llovieron palos.

—Oye, Calínez, mira lo que dice un colega acotando la última sesión del Senado.

—¿Qué dice?

—Lo siguiente: «En el salón había doce senadores, incluso la mesa presidencial.»

—Pero oye ¡la mesa también es senador?

—No; pero todos son de la misma madera.

Y dijo ayer Silvela:
«Si no se van á cumplir las reformas, sobran los 23 decretos del Sr. Castellano, á no ser que este señor ministro tenga el *infantil* entretenimiento de hacer solitarios. (*Grandes risas.*)»

No comprendemos el regocijo de los señores diputados.

Todo debe respetarse en este mundo.

Y es muy posible que ese infantil entretenimiento le produzca al Sr. Castellano verdaderos placeres.

Vaya ya tenemos empresario para la próxima temporada del teatro Real.

Claro está que en el pliego de la subasta ofrece hasta un tenor con chorreras.

Peró como el verdadero empresario es, según parece, D. Fructos Zúñiga, ya verán ustedes cómo en la próxima temporada hay en el Real de todo, lo mismo que en botica.

A pesar de esto, descaremos que D. Frutos recoja pingües frutos y que la temporada le resulte como pedrada en ojo de boticario.

REFRÁN EN ACCIÓN (de ferrocarril)



Tú que no puedes, llévame a cuestas

OPINIONES ACERCA DE LA ALIANZA

Preguntáisme ¡oh! colegas amadísimos Gedeon y Piave, mi autorizado, por más que esotérico dictámen, respecto de la unión entrevista como á manera de místico delirio entre los vapores orgiásticos de las agapas espléndidas del Puerto Brigantino y del que Amilcar Barca allá en la noche de las pintinas incursiones fundara, y dueleme con profundísimo dolor y pésame con incomportable pesadumbre el decir que no puedo, ni debo, ni quiero olvidarme del Dos de Mayo.
E. CASTELAR.

Yo creo, y al decir yo, doy á entender que lo mismo piénsa el partido que mandó; yo creo, digo, que ni la unión con Francia, ni la unión con Silvela me convienen, quiero decir, nos convienen en modo alguno.

El Gobierno de S. M. que yo dirijo, á pesar de hallarme bastante molesto, no puede aprobar esas manifestaciones, por otra parte sediciosas, si bien se mira.

Por lo demás, y en el *interin*, vamos á sacar adelante los auxilios á los ferrocarriles, que para la nación, no lo dudeis, señores, ¡ején! para la nación serán una verdadera ayuda.
A. CÁNOVAS DEL CASTILLO.

Digo lo mismo que D. Antonio, por no saber decir otra cosa.
EL DUQUE DE TETUÁN.

¡La unión hispano francesa! ¡Jé, jé! ¡Poquito que me gustan á mí las uniones á la francesa!

CANGA ARGÜELLES.

Pues que de ella hablando están, yo voto por esa unión, y que viva Erchman Chatrion y viva
RAMOS CARRIÓN.

Creo que esos que hablan de unión tienen muy poco *sentido jurídico*. Si hablasen de desunión, no podría menos de prestarles mi apoyo... es decir, tampoco, porque entonces unión habría. Cuando tratamos de la alianza en familia; Villaverde la apoya, Rodríguez San Pedro la rebate, Rancés lo hace más que decir chistes, y á Dato Iradier todo se le vuelve hablar de Memoria. Y yo digo: ¿qué hacer? Esperen ustedes, que voy á ensayar una manera de sonreír no visim y apropiada al caso. Trae el espejo, sobrino.
F. SILVELA.

Despacho del otro mundo. (Por el cable de M. de C.)
Nunca han sido más poderosas y fuertes las naciones que cuando han sabido contratar alianzas provechosas y duraderas. Ningún Imperio puede subsistir en el aislamiento y muy necia será la nación que cuando truena, o se acuerda de Santa Bárbara. Yo fui durante mi vida constante propagador de tan saludables principios, y espero que mis buenos amigos los españoles sabrán aprovecharse de esta lección.
PERO GRULLO.

No lo dudeis, señores diputados; nuestros amigos de Garellano y Cerinola; nuestros hermanos de Rocroy; nuestros correligionarios de Muret; nuestros fieles aliados del Rosellón; nuestros amables sitiadores de Zaragoza; nuestros simpáticos vencidos de Bailén, de los Arapiles y de Vitoria; nuestros dulces auxiliares del año 23; nuestros bien educados y apreciables huéspedes del año 83 en París, son indudablemente los llamados á acudir en nuestra defensa. No es eso, amigo. Calínez? ¿No es cierto, illustre Pifartos? ¿No es verdad, ¡oh! insigne é inteligentísimo Pezuñardo? (Si, si, en las filas.)
GEDEÓN.

LA AUTONOMÍA SOLITARIA



Labra solo. Los bueyes se han ido á la manigua.

9 de Julio FOLLETÓN DE «GEDEÓN.» Núm. 2.

EL ÚLTIMO INFUNDIO DE ROCAMBÓLE

La daga putrefacta

Novela traducida indirectamente del francés.

(CONTINUACIÓN)

—¡Volved y seguiremos la partidá tornóles á decir el más animoso.

Entonces lo comprendí todo. Eran seis puntos que jugaban á la sombra de mi pirámide sin punta. Alguno de ellos había levantado un muerto.

—El muerto levantado, era yo!

—¿A qué jugábais? les pregunté cuando se aproximaron.

—Al faraón, me respondieron.—Naturalmente exclamé, ¿de dónde sois, extranjeros?—Somos españoles.—¿Y qué causa os ha traído al valle del Nilo?—La persecución de un Gobernador.—¿Pues á qué os dedicábais?—Al juego. Huimos de Madrid porque su activa persecución no nos dejaba ni barajar. Fuimos á Italia, y nos siguió; pasamos á Turquía, y él siempre detrás. Nos encaminamos á Belén, y ya estaba allí. Nos refugiamos en Egipto y nos pusimos á jugar á la sombra de esta pirámide, y cuando apareciste te tomamos por él.—Yo soy una momia; les argüí.—No importa, respondieron ellos; di carro.—Lo dije y se tranquilizaron, no sé por qué. Tal vez el Gobernador que los perseguía lo pronunciara de otro modo.

Abreviando mi historia, misteriosos señores que me oís, continuó la momia faraónica, he de deciros, que trabada amistad con los jugadores, me propusieron conducirme á España, donde según sus frases, las momias hacen gran papel en sociedad, sobre todo si se dedican á escribir revistas de salones. Acepté, y los ingratos, apenas desembarcamos en Cuenca, después de una travesía dichosa, me facturaron con destino al Museo Arqueológico de Madrid.

Vicente Colorado salió á recibirme á la estación y nos abrazamos al vernos como dos hermanos separados por larguísima ausencia.

Entré en el Museo, y contemplé á Dios (D. Juan de) que dijo al reconocermé: ¡un momio más! Había adivinado mi sexo. Allí, en compañía de otras momias y recitando con Colorado estrofas de Núñez de Arce, pasaba dulcíssimas horas, cuando cierta noche ¡horrible é infausta noche! al sonar la última campanada de la una, oi...

—¡Mirad! gritó de pronto Dato de Ira, interrumpiendo el relato de la momia.

El maestro y sus compañeros miraron aterrados hacia Madrid.

Terrible columna de fuego se elevaba por el firmamento.

—¡Madrid arde, corramos! exclamó el maestro.

Todos le siguieron, incluso la momia.

—¡Pronto, pronto, mas aprisa! repeta el maestro: ¿por qué te detienes, Pozo Blanco?

—¡Estoy almacenando agua! contestó el interpelado, y desaparecieron por la cuesta de San Vicente.

Entonces el miserable que había amordazado al maestro, y que sujeto por fuertes ligaduras continuaba en el suelo, alzó amenazador el brazo, y dijo:

—«¡Maldito Rocambóle, malditos compañeros de la DAGA PUTREFACTA, juro que yo y mis hermanos nos vengaremos despiadadamente!»

Después, con extraña agilidad, saltó el muelle del Manzanares y se precipitó en el río.

Su rápida corriente le llevó hasta un lavadero inmediato, y allí el siniestro desconocido hizo pié, y orientándose por el olfato, se perdió entre la ropa sucia dispuesta para la próxima legía

CAPITULO II

Los genios del mal

¿Qué ocurría, entre tanto, en el piso tercero de la derecha de la casa número 115 duplicado de la calle del Biombo?

A juzgar por el leve resullandor que arrojaban á la calle los vidrios de los balcones de dicho piso, en el interior de aquella habitación miserable, melancólica luz lanzaba un quinqué.

Sin embargo, más que una luz de petróleo, lo que ardía era una conspiración tremenda.

Hombres de siniestra catadura, misteriosamente embozados en luengas capas, atravesaban la calle Mayor, y penetrando recatadamente en el callejón tenebroso, traspasaban los umbrales del portal, procurando no llamar la atención del sereno.

Este acabó por maliciarse algo.

Cuando ya habían entrado en la casa de docientos á trescientos cincuenta conspiradores, exclamó, fijando e en los embozos de parte tan extraña:

Luego dirán que la capa no parece.

Y sin reflexionar en lo grave de su determinación, lanzo ta primera pitada.

Peró subamos con los conspiradores, que ganando los escalones de tres en tres, llegaban á la puerta, la cual, como si obedeciese á un conjuro mágico, ó si se quiere miseroso, se abría girando lentamente sobre sus goznes.

Un enano, colgado del perchero, daba el alto á los que llegaban.

Entre el portero de cuelga y el embozado de turno se entablaba el siguiente diálogo:

—¿Quién eres? ¡voto á Linares Cribas!

—Un iniciado.

—¿Ticó timó tité till, timás?

—Tié tiduár tidó tibás titi tilló.

—¿Ti qué?

—Ti ya lo he dicho.

—¡Tabou!

—Taboa da!

—¡Ruja el infierno!

—Truene Rocambóle

—¡Pasa moreno!

(A seguir)